



Justo S. Alarcón

*Para mi hijo Miguelito*

## **El peso de San Antonio**



**Junio 23**

*Abuelo y Nieto, en el sexto día, dieron un paseo bordeando la costa marina. A lo lejos se divisaban unas nubes cargadas de agua. Soplaba la brisa. Sobre la superficie del mar, y en la lejanía, se podían ver unos diminutos puntitos blancos, grises y negros. Eran las barcas de los humildes pescadores, acompañadas de algunos barquitos veleros. En la cercanía, algunos jóvenes y niños lanzaban el anzuelo al mar, esperando disfrutar en la cena de un sabroso y fresco plato. Abuelo y Nieto se sentaron en una de las muchas rocas que desafiaban a las olas de un mar grisáceo.*

\* \* \*

- Abuelito, cuéntame alguna otra travesura que mi padre hizo cuando era niño.

- Pues mira, nene... No sé si lo que te voy a contar hoy se le pueda llamar travesura o no. En parte, sí fue, pero, en parte, no.

- Pues, a ver, cuéntamela.

- Una vez, como hacía con frecuencia, tu papá se fue a pescar a aquella roca que ves allá lejos.

- ¿A aquéllas rocas grandes que están allá lejos, abuelito?

- Esas, pero ya hace muchos años. Son las mismas. Todavía están ahí. Pues, como te decía, un día salió a pescar con su caña, anzuelo y lombrices, y se sentó encima de la más grande. Estuvo un buen rato esperando a que picara un pez. Hacía un poco de viento y de frío ese día, y también había olas bastante grandes. De pronto, un pez picó la lombriz y mordió el anzuelo, quedando preso. Tu papá comenzó a gritar, lleno de contento y un poco asustado, porque el pez era grande. Al oír los gritos, su hermano mayor, tu tío, corrió para ayudarlo. Entre tanto, jalaba y aflojaba el hilo, como hacen los buenos pescadores.

- Y, ¿por qué jalaba y aflojaba el hilo mi papá, abuelito?

- Porque el pez atrapado, siempre quiere soltarse del anzuelo, y no puede, porque está preso por la boca. Entonces, para que no se rompa el hilo, o para que el pez no se lastime mucho la boca, tiene uno que jalarlo y aflojarlo, de acuerdo al movimiento del pez. Pues, en un momento dado, el pez, que era grande, dio un fuerte jalón y tu papá, que no lo quería perder, se olvidó de aflojar el hilo y, con el jalón y con el entusiasmo, tu papá se cayó al agua. Esto ocurrió antes de que llegara su hermano, tu tío.

- Y, ¿qué pasó, abuelito?

- Pues, aunque tu papá sabía nadar un poco, tu tío le ayudó a salir del agua, porque, como te dije, había mucho oleaje, el agua estaba fría y no podía salir muy bien sin su ayuda.

- Abuelito, ¿y perdió el pez mi papá?

- Sí, nene, tu papá perdió el pez y, con el pez, también perdió la caña. En fin, no lo pudo pescar, pero lo que sí pescó fue un resfriado.

- ¿Se enfermó mi papá, abuelito?

- Sí, se enfermó, y... tuvo que meterse en cama por un día. Tu abuelita, al día siguiente de lo ocurrido, me dijo que fuera a ver a tu papá que estaba en cama, porque parecía que tenía fiebre. Entonces, yo fui a verlo. Le dije que

enseñara la lengua y le tomé el pulso, mientras yo contaba los segundos en mi reloj de pulsera.

- Abuelito, abuelito, párate ahí, porque no entendí nada de lo que me contaste. ¿Por qué le dijiste que te enseñara la lengua? ¿Por qué miraste a tu reloj? No entiendo, abuelito.

- Ahorita te lo explico, nene, ahorita te lo explico. Cuando uno tiene fiebre, le sube la temperatura. Si tiene el estómago descompuesto, por ejemplo, la lengua se le pone un poco blanca. Con la fiebre, el corazón palpita más rápido. Por eso le dije que enseñara la lengua y le tomé el pulso, midiendo el tiempo en el reloj y, al mismo tiempo, la frecuencia de la palpitación del corazón. Él estaba preocupado, porque, si estuviera enfermo, tendría que quedarse en cama y tomar medicina. Tampoco podría salir a jugar.

- Tampoco a mí me gustara estar enfermo, abuelito.

- Ni a mí, nene, ni a mí. Pero lo interesante viene ahora.

- ¿Todavía hay más, abuelito?

- Sí, nene. En esa situación, antes de saber si estaba o no enfermo, tu papá - eso lo supe yo después- le hizo una promesa a San Antonio, que es el santo que hace muchos milagros, ofreciéndole un peso para que no estuviera enfermo, o para que lo curara, si es que lo estuviera.

- A ver, abuelito, dime, ¿estaba o no estaba enfermo mi papá?

- Afortunadamente ya no tenía fiebre al día siguiente, cuando yo lo vi y, por tanto, no tenía que quedarse en cama, ni tomar medicinas.

- Qué bueno que no estaba enfermo, pero..., ¿tuvo que pagarle a San Antonio, abuelito?

- Nene, no se trataba realmente de «pagar», porque, en verdad, San Antonio no necesitaba el peso. Se trataba de cumplir una promesa o, lo que llama la gente, una «manda».

- ¿... y cumplió mi papá con esa promesa?

- Pues, nene, voy a ver cómo te contesto a esa pregunta. Diría yo que sí y, al mismo tiempo, que no.

- A ver, abuelito, a ver. Explícamelo.

- Ten paciencia, nene, ten paciencia, que para allá voy. Pues, mira, nene, es muy fácil prometer algo cuando uno se ve en dificultades. Pero, una vez que pasa o desaparece la dificultad, uno tiene la tendencia a olvidarse de lo prometido. Así que, eso le pasó a tu papá en esa ocasión, cuando era niño.

- Bueno, abuelito, pero, ¿cumplió o no cumplió mi papá?

- Pues, al principio, no. Después, ya pasados los años, le pregunté un día que fuimos a una fiesta de un pueblo en donde celebraban a su santo patrón, que era San Antonio, si había cumplido con la vieja promesa. Me respondió que no, que todavía no.

- ¿Y qué le dijiste tú, abuelito?

- No le dije nada, nene, simplemente nos sentamos en un banco del parque y comenzamos a hacer cálculos. Un peso más por cada año de los 25 años de espera, más el 5% de interés, más el 5% de inflación cada año durante 25 años, pues... resultaban... creo que \$27.50.

- ¡Ay, caray! Pero... son muchos pesos, abuelito.

- Pues sí, pero había que arreglar las cuentas, ¿no crees tú, nene?

- Pues sí, abuelito. ¿Y pagó mi papá todos esos pesos?

- Allí mismo. Sacó el dinero de la billetera, caminó hacia la iglesia, entró, se puso delante de la estatua de San Antonio, se arrodilló y le dijo: «San Antonio bendito, aunque ya estoy grande, vengo a cumplir la promesa que te hice hace 25 años. Mi padre y yo hicimos los cálculos y... parece ser que te debo \$27.50. Y, como yo fui tan descuidado en cumplir con mi deber o promesa, y tú tan bueno en esperarme con paciencia, de pilón o de propina le añadido el 15%. En total, aquí tienes \$31.65».

- ¿Y con eso se acabó todo, abuelito?

- Sí, se acabó, pero, en lugar de unas nalgadas, porque tu papá ya estaba grande..., le eché una buena regañada. Y... él se sonrió, porque se acordó de cuando era niño, un niño travieso.

- ¡Ay... que mi papá!

\* \* \*

*Las nubes se acercaban, empujadas por la brisa. Las olas, con más fuerza, chocaban contra las rocas. Los jóvenes desarmaban sus cañas de pescar, y los barquitos se dirigían hacia la costa. El Abuelo y el Nieto se acercaban a*

*la casona. El viento les soplabá por la espalda. Cerraron la puerta de la entrada y, acto seguido, se desprendió un aguacero que picoteaba el tejado. Parecía una bandada de gaviotas o de palomas protegiéndose contra hirientes perdigones de escopeta. Anochecía. La humedad penetraba los huesos.*

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

